

No tenía que ser

Nicolás
Horbulewicz

*Lo imprevisible de la vida
en diez historias*



No tenía que ser

Nicolás
Horbulewicz

*Lo imprevisible de la vida
en diez historias*



Índice

Plan de contingencia.....	9
Mi partido despedida.....	19
Último tren a Constitución.....	25
Despido con causa.....	39
La verdadera historia del Tano Migliozzi.....	49
Paloma.....	61
Propuesta de casamiento.....	67
La última voluntad de mi abuelo.....	81
Dejá de joder con el fútbol.....	87
<i>Enamorol</i>	95

Plan de contingencia

Los tres sabíamos que la vieja de matemática nos iba a romper el culo en el examen, así que decidimos hacer algo al respecto. Claro está que lo más fácil hubiese sido estudiar, pero para nosotros aquello era, paradójicamente, lo más difícil. Hoy en día, Luigi es abogado, Charly trabaja en un taller mecánico y yo me dedico a escribir todo tipo de historias, así que no les resultará muy difícil imaginar que desde tiempos inmemoriales odiamos esa materia y todo lo mínimamente relacionado con ella.

Para mí, reprobar significaba que no me dejaran salir de mi casa el fin de semana del día del estudiante, y eso representaba, a la vez, desperdiciar la ocasión de perder la virginidad con Sharon, una yanqui que estaba de intercambio en el valle y a la cual había conocido en un recreo del colegio.

—¿Te pusieron *Sharon* por Sharon Stone? —fue lo segundo que le dije, porque lo primero fue preguntarle cómo se llamaba.

—*Nou* —respondió con una hermosa cara de orto—. Por Sharon Tate.

Yo no sabía quién era Tate, así que le pregunté y, sin muchas ganas, me lo informó. De más está decir que ella estuvo desde un principio hasta las tetas conmigo, porque si no, no se explica cómo pudimos llegar a los besos después de tan bochornoso comienzo de mi parte.

El asunto es que con Sharon veníamos *transando* —así se decía en esa época— hacía rato y en todos lados, metiéndonos mano a troche y moche, por lo cual avanzar hasta la última base era sólo una cuestión de tiempo, de encontrar el momento indicado, y ese fin de semana en el lago, sin duda, lo sería. Luigi también andaba en una situación parecida con una piba de otro colegio, y a Charly ya no me acuerdo qué le podía llegar a pasar si no aprobaba, pero por alguna puta razón nuestro futuro dependía de cómo nos fuera en ese examen. Estábamos en esa difícil edad en la que ya éramos grandes como para tener pelos en los huevos, pero lo suficientemente chicos como para precisar el permiso de nuestros viejos para ciertas cosas.

Así que, sin chistar demasiado —y dejando de lado, por supuesto, la opción de sentarse a estudiar— nos pusimos en campaña, sin saber en realidad mucho hacia dónde apuntar. Nuestro primer paso fue ir a hablar con un compañero para pactar de antemano la posibilidad de que nos pasara las respuestas. Acudimos a Silvio Gugel, uno de los pibes más inteligentes de la clase, pero resulta que Gugel no era el clásico *nerd*, sino más bien todo lo contrario, un chabón medio garca que nunca

se juntaba con nadie y al cual todo parecía chuparle un huevo. Y lo de medio garca se los digo mirándolo con un solo ojo, porque cuando fuimos a pedirle ayuda nos dijo que no tenía drama pero que nos cobraba cien dólares a cada uno por el servicio. Lo que se dice un verdadero hijo de puta.

Desde luego que lo sacamos cagando, pero al otro día nomás, él solito se nos acercó en el recreo de las once y nos dio una idea que fue la que finalmente terminamos ejecutando.

—¿Amenaza de bomba?

—Sí. En la plaza hay un teléfono público. Se puede llamar desde ahí. Si no, hay otro un poco más lejos, en Roca y Villegas, pero ese es riesgoso porque es una zona más transitada y capaz que te podés cruzar con alguien, andá a saber.

—No es mala —opinó Luigi—. Van a venir la policía y los bomberos. Van a estar como dos horas buscando y para cuando nos dejen entrar de nuevo, la hora de matemática ya va a haber pasado.

—¿Y nos vas a cobrar cien dólares a cada uno por la idea? —consultó Charly.

—Nah. Se los digo de onda nomás. Aparte esto de la bomba es algo muy clásico. No es idea mía.

—Ok. Lo vamos a tener en cuenta —le dije un poco cortante.

Gugel entendió el mensaje y comenzó a alejarse, pero a los pocos segundos volvió sobre sus pasos y agregó con altivez:

—Igual, más allá de lo que terminen haciendo, siempre es recomendable tener pensado un plan de contingencia. Por si las moscas.

—¿Plan de contingencia? —pregunté, y Gugel, con cierta razón, respondió como si le estuviera explicando a un nene de primaria.

—Un plan B. Una opción no tan buena como la original, pero que, de todas maneras, sirva. Estas cosas son como las operaciones militares. “Puede fallar”, decía Tusam. Nada sale como se planea.

Le agradecemos nuevamente, aunque sin confirmarle nada. Por dentro sabíamos que eso sería lo que haríamos, porque no disponíamos de tantas alternativas. La de sentirse mal era un recurso demasiado gastado y poco verosímil. En un momento pensamos en hacerle algo a la profesora, como pincharle las gomas del auto o directamente rompérselo. Sabíamos dónde vivía, así que sólo era cuestión de acercarse a la casa. Por ese entonces, Charly ya laburaba los fines de semana como ayudante en un taller y no sería problema para él abrir la tapa del *capot* y, de alguna manera, desconectarle algo para que no arrancara. Pero dependíamos mucho de que nadie nos viera. Además, si el auto no funcionaba, la vieja terminaría tomando un taxi y, a lo sumo, el examen comenzaría un poco más tarde. Por eso, por decantación, lo de la amenaza era lo más fácil, lógico y efectivo.

El día del examen, tuvimos libres las primeras dos horas, así que aprovechamos para ultimar los detalles de la

operación. Luigi fue el elegido para ir a llamar, ya que era al que mejor le salía cambiar la voz. En efecto, solía imitar a los profesores en los actos de fin de año. Sí, nuevamente podríamos haber utilizado el tiempo ocioso para estudiar, pero creo haber dejado claro que esa opción nunca estuvo en nuestros planes. Yo había traído una alcancía de mi casa con un sinfín de monedas, porque Luigi era bastante boludo y era muy probable que no tuviera, o que tuviera una sola y el teléfono no se la aceptara. La frase que Gugel nos había dicho el día anterior —“nada sale como se planea”— había impactado fuerte en mí, y quería reducir al mínimo la posibilidad de un contratiempo.

Nueve y diez sonó el timbre y mi corazón se aceleró. Como un soldado que tiene una misión por cumplir, Luigi tomó su campera y salió hacia el patio. Charly, muy relajado, se fue al baño y yo, al quiosco, donde compré un alfajor y me dispuse a comerlo apoyado en una pared desde la cual tenía la vista despejada hacia la sala de la directora. Allí, todo parecía muy tranquilo. Estaban la profe de biología, la de historia, el fumón de música y hasta el portero. Todos tomando mate y cagándose de risa. El patio, como siempre, era un verdadero descontrol. ¿Escucharían el teléfono entre tanto griterío? Los minutos pasaban y, sin ninguna novedad aparente, yo cada vez me hallaba más nervioso.

Nueve y media sonó el timbre otra vez y comencé a caminar hacia el aula con la esperanza de que en el camino algún preceptor o alguien nos advirtiera que debíamos desalojar la institución. Nada de eso ocurrió.

Cuando llegué al salón, la vieja de matemática ya estaba repartiendo los exámenes y el banco de Luigi, que era el contiguo al mío, estaba vacío.

Tomé la prueba y tan sólo leer el enunciado del primer ejercicio me sumió en la más profunda depresión. Me di vuelta para sacar de mi mochila la calculadora. Cuando volví a mirar hacia adelante, lo vi a Luigi entrando al aula, con la cabeza gacha, pálido como un fantasma.

—Me dio ocupado todo el tiempo —me dijo al pasar.

—¿Qué?!

—Lo que escuchás.

—Estuve todo el recreo mirando a la sala de la directora y no había nadie con el teléfono. ¿A qué número llamaste?

—Al único que hay. Llamé como veinte veces, me dio siempre igual.

—Habrás marcado mal.

—Marqué bien. Habrá estado descolgado.

Largué una puteada con la boca a medio abrir, algo inentendible, y automáticamente Gugel, que estaba sentado hacia el otro lado, pasillo de por medio, soltó una carcajada.

—¿De qué se ríen? —nos preguntó la vieja—. Pónganse a hacer el examen.

—¿Y? ¿Qué pasó con la amenaza? —me chistó Gugel instantes después.

—Tuvimos problemas.

—¿Y el plan de contingencia?

—No tenemos.

—Les dije que tuvieran uno.

—Bueno. No tenemos.

—Yo tengo uno.

De repente, me volvió el alma al cuerpo. Ahí fue la primera vez que dejé de mirar el examen y volteé mi cabeza hacia él.

—Y bueno, ¿qué esperas? Ejecutalo.

—Trescientos dólares.

—Ni en pedo —respondí, volviendo la mirada otra vez hacia los ejercicios—. Olvidate. Prefiero desaprobarte. Cien, como mucho.

—Doscientos.

—Cien o nada.

—Ah, está bien —aceptó, dándose por vencido—. Quedamos en cien.

Gugel se dio vuelta, abrió su mochila y sacó una caja.

—Señoras y señores, adentro de esta caja hay una bomba —expresó muy tranquilo, puso el supuesto explosivo sobre la mesa y se paró.

Sólo algunos dejaron de hacer el examen y miraron hacia donde estaba Gugel, aunque sin entender qué era lo que estaba pasando.

—¿Qué le pasa? Siéntese, por favor —le dijo la vieja.

Acto seguido, Gugel abrió la caja y, efectivamente, de ella sacó lo que parecían ser unos cartuchos de TNT conectados a un cronómetro.

—¡Que tengo una bomba, dije, vieja de mierda! —gritó, ya con mucha más sangre en las venas, mientras tomaba el artefacto y lo alzaba cual terrorista.

Casi todos se pararon, pero nadie habló. Charly, desde la otra punta del salón, fue el único que trató de calmarlo.

—Pará, Gugel. Tranquilo. Dejá eso en el suelo.

Lejos de obedecerlo, Gugel apretó un botón, y el reloj del aparato, que marcaba cinco minutos, comenzó un conteo regresivo. Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

Decidí tomar las riendas de la situación porque todos estaban tan consternados que no podían ni siquiera moverse.

—¡¡¡Afuera!!! —exclamé y comencé a correr hacia la salida.

Por suerte, el curso entero me siguió, y a medida que escapábamos los gritos y las corridas se fueron multiplicando por todas las aulas. Entre alaridos y desconcierto, bajamos la escalera amuchados y evacuamos finalmente por el portón del patio en donde solíamos hacer gimnasia.

Cuando llegamos afuera, varios de los preceptores nos pedían que siguiéramos circulando hacia la esquina, pero el grueso del alumnado hizo caso omiso a dicha solicitud y se quedó en la vereda de enfrente, atento a lo que sucedía. Desde allí, vimos cómo Gugel, con el explosivo aún en la mano, iba y venía de una punta a otra del aula como un perro enjaulado.

—¡Quiero a un abogado! —gritó por la ventana minutos después, cuando ya había arribado un patrullero de la policía y la sirena del camión de los bomberos se escuchaba cada vez más cerca.

—Nene, no seas pelotudo, dejá la bomba en el suelo y salí de ahí —le respondió un policía por un altoparlante.

Ahí, entre la muchedumbre que todavía no se dispersaba y las risas de todos por la táctica poco convencional con la que el oficial intentaba convencer a Gugel, pude divisar a Sharon, sentada en el cordón, abrazada a una compañera de otro curso. No le pregunté cómo estaba porque era demasiado evidente.

—Mañana mismo me vuelvo a Texas, este país es muy inseguro —me dijo, y de manera automática recordé los tiroteos en los colegios de allá mientras las ganas de reír me subían por la garganta.

—Gugel es un boludo, seguro que la bomba es de juguete —le dije para tratar de calmarla, pero fue imposible, la decisión ya estaba tomada—. Quedate hasta el domingo, aunque sea, vamos al lago y después te vas.

Quizás consciente de mis intenciones, ella sonrió de manera pícaro y, sin decir absolutamente nada, me dio un tierno beso en la boca que aún recuerdo dulce como un pastel.

Esa fue la última vez que la vi. Deprimido por su partida, pasé el fin de semana encerrado, estudiando, para finalmente aprobar el examen al lunes siguiente con un diez felicitado.

Mi partido despedida

—Pelado, ¿vos de qué jugás? —me preguntó Messi, al borde del círculo central, mientras se acomodaba la camiseta adentro del pantalón.

¿Messi preguntándome de qué juego? Aquello era un sueño, claramente, pero no por eso dejaba de ser algo increíble. No sabía bien qué responderle así que fui a lo seguro, al sector del campo que naturalmente ocupé desde pequeño en el fútbol once.

—Por la derecha, de cuatro —contesté, tímido.

Leo me respondió levantando el pulgar derecho, como aquella vez en el aeropuerto de Rosario que le pedí una foto y él, con ese gesto, autorizó a los policías que lo rodeaban para que me pudiera acercar. Luego, con la mirada, me ordenó que fuera a ocupar mi posición dentro de la cancha y yo, por supuesto, obedecí.

Mientras me acercaba a la raya derecha examiné a quienes eran mis compañeros de equipo. La dupla central estaba formada por el Ratón Ayala y por mi amigo de toda la vida, el Flaco Pereyra. Al arco estaba el Dibu y por el otro lado, de tres, lo pude ver a Silvio

Marzolini. ¿Qué carajo hacíamos el Flaco Pereyra y yo ahí? Al parecer el partido era una especie de amistoso de históricos de la selección argentina contra la de Brasil, y a mí me tocaba intentar limitar la subida de un tal Roberto Carlos. ¡Sí, yo marcando a uno de los mejores laterales izquierdos de la historia! Aquello era como que viniera Borges y me dijera: “Tomá nene, echale un vistazo a esto que escribí y decime si te gusta”. ¡Estaba más en bolas que un *centennial* sin wifi!

El partido empezó y las jugadas se desarrollaban todas por el otro lado. En los primeros minutos no toqué la pelota. Me proyectaba, la pedía a gritos, levantaba las manos desesperado, pero cuando me veían, libre y con mucho espacio a mi lado, preferían dársela a otro, incluso a alguno con marca. Prácticamente era un espectador en la cancha. Cerca de los 15' tuve la primera intervención: alcancé el borde del área y quise tirarle un centro al Bati, que me salió de arrastrón, y Cafú no tuvo problemas en despejarla. A la jugada siguiente, Messi me dio un pase pero la pelota se me escabulló por abajo y se fue al lateral. Escuché el “ahhhh” de la tribuna lamentándose y volví para atrás.

En el banco Bilardo estaba loco. Hacía señas para todos lados y hasta me pareció escuchar que le decía a Messi que no se la diera más al cuatro. Ahí fue cuando los brasileños se dieron cuenta de que por mi sector podían entrar a mansalva y empezaron a venirse en masa. “¡Paralo por favor!”, me imploraba Carlos Salvador, pero yo no le podía hacer falta ni aunque quisiera. Roberto Carlos desbordaba

y tiraba centros hermosos, que el Flaco Pereyra despejaba uno por uno como si supiera. Cuando jugábamos con nuestros amigos era más peligroso que cirujano con hipo y ahora parecía Franco Baresi el hijo de puta. Cada vez que mandaba una pelota al córner, el Ratón Ayala le chocaba la mano para felicitarlo. Todos parecían estar jugando un buen partido menos yo.

Durante un ataque —del que por supuesto no participé—, miré al banco de reojo y el Pupi Zanetti estaba precalentando. Era el único de todos los suplentes que lo hacía, por ende, el cambio era cantado y mi suerte en la cancha estaba echada. Justo en ese momento, al Bati lo derribaron dentro del área y se generó un penal. Bilardo quería meter el cambio lo antes posible. Vi el número cuatro en el cartel y sin más empecé a caminar hacia la salida, triste y cabizbajo por mi pobre labor dentro del campo. Sin embargo, cuando pasé por al lado de Messi, como queriendo darme una especie de premio que no merecía, me agarró de la mano y me dijo:

—Esperá, antes de irte, patéalo.

—¿Patear qué?

—El penal, boludo —señaló Lionel.

Yo no quería saber nada, ya suficiente vergüenza había pasado. El Bati, que estaba cerca, se sumó al pedido del rosarino y de repente toda la cancha pareció también solicitarlo. El único disconforme era Bilardo que, ante la decisión del capitán, realizó un gesto de disgusto del tipo “está bien, hagan lo que quieran” y, enojado, se sentó en el banco con los demás suplentes.

Con muchas dudas y casi ninguna certeza, tomé la pelota y caminé hasta el punto del penal. Acomodé el balón varias veces, como hacen los que saben hasta que quedan conformes con la posición final. Aquello era todo para la tribuna, no tenía la más mínima idea de cómo ejecutar ese disparo y, mientras retrocedía hasta el borde del área, seguía preguntándome qué carajo hacía ahí. Todo pasaba demasiado rápido. El árbitro dio la orden y yo fui corriendo hasta la pelota sin tener una decisión tomada. Le pegué suave, mansita, un disparo a media altura que resultó muy fácil para Taffarel. Me tomé la cara con ambas manos y cuando me incorporé, el Bati estaba al lado mío moviendo la cabeza de lado a lado expresando negación.

—Siempre que tengas duda pegale fuerte al medio, papá —me aconsejó, apoyándose su mano en el hombro a modo de consuelo.

—¿Como vos contra Grecia en el mundial '94? —pregunté.

—Exacto —apuntó—. Así

Y me desperté recordando ese cuarto gol de Argentina en aquel partido, el tercero en la cuenta personal de Gabriel Omar aquel día.

Esa misma tarde, con mis amigos en la vida real, el equipo para el que jugaba dispuso de un penal a favor y quise aprovechar el consejo. Pedí la pelota y me convertí en dueño del disparo desde el primer momento. Otra vez la acomodé como si supiera y retrocedí. Esta vez sí tenía tomada una decisión respecto de qué hacer.

Miré al arquero confiado y comencé a imaginar cómo festejaría el gol. Corrí recto hacia el balón y le pegué fuerte al medio, con todo mi ser, tal como me había recomendado el Bati, sin dejar de mirar el esférico ni por un segundo. Cuando levanté la vista para gritar la conquista, pude comprobar con dolor que la pelota se había ido un par de metros por arriba del travesaño. Una vez más, me lamenté tapándome la cara con ambas manos. El Flaco Pereyra, que estaba a dos metros, se acercó y, como el Bati en el sueño, me apoyó la mano en el hombro y me dijo una frase que, últimamente, he escuchado muchas veces cada vez que entro a una cancha:

—Pelado, haceme caso, dejá el fútbol de una buena vez y dedicáte a la literatura, que seguro para eso sos bastante mejor.



